

consumian por gusto objetos á veces estimables que tenian la falta de haber pertenecido al abominado tirano.

Tocóle al viejo Delescluze asistir en su agonía á esta revolucion moribunda y personificar sus últimos instantes, sus postrimeras locuras. A la verdad, el pálido rostro y los apagados ojos del jacobino tenian toda la amarillez y todo el frio de la muerte. Su corazón estaba ya casi partido en pedazos á causa de sus continuos combates y de sus innumerables derrotas. Hondos surcos abiertos por la fuerza, ora del pensamiento, ora del dolor, atravesaban su rostro sereno como el rostro de un cenobita. Los blancos cabellos y blanca barba acababan de completar el tristísimo aspecto de semejante hombre dotado de vocaciones de mártir. Así la utopía le era familiar, y creía tan fácil realizar un sueño en el espacio, como escribirlo en el papel. La utopía federal no le tentó nunca, porque creía que quitaba fuerza á la revolucion; y la utopía socialista tampoco, porque creía que materializaba y corrompia al pueblo. Pero destruir á todos los reyes en un minuto; fundar con vanas palabras dignas de los antiguos sortilegios la República universal en toda Europa, eso le parecía obra de un corto esfuerzo y de un breve momento. Cuéntase que siendo el año cuarenta y ocho prefecto de Lila, asistió á la plantación de un árbol de la libertad. «Puedan tus ramas, dijo, atravesar la frontera, llegar hasta Bélgica, penetrar en el campo de Waterlloo, y destruir el odiado Leon, que recuerda nuestras desgracias.» El árbol plantado por Delescluze, debía derribar la columna de la plaza de Vendome antes que el leon de Waterlloo. Pero no le faltaron ánimos para intentar tambien esta empresa, como que fué el motor de una ridícula expedición encaminada á proclamar la República en Bélgica, y que abortó tristemente en la frontera. Risquontout era el lema de su partido y de su política, Arriesguémoslo todo, era su palabra

favorita. Arriesguémoslo todo; sí, todo, y perdámoslo, y ahora libertad, República, con tal de llevar por algunos dias la revolucion á sus últimos extremos. Ese es lema de aventurero, de descubridor, de aquel que sólo arriesga su persona y su familia; pero no puede ser lema de político, de estadista, de aquel que lleva consigo la fortuna, el nombre, la riqueza, la vida de toda una sociedad. Sus palabras, al encargarse en aquel supremo trance, de representar el último y más triste papel, tienen una solemnidad bien triste, bien trágica; y una sola esperanza, que aumenta la amargura.

«LA GUARDIA NACIONAL:

»Ciudadanos: La Comunidad me ha delegado al Ministerio de la Guerra, creyendo que su representante en la administración militar debía pertenecer al elemento civil. Si sólo consultase mis fuerzas, habria declinado este cargo peligroso; pero cuento con vuestro patriotismo para que su cumplimiento me sea fácil.

»La situación, ya lo sabeis, es grave. La horrible guerra que sostienen los feudales, conjurados con los restos del régimen monárquico, os ha costado mucha sangre generosa; y sin embargo, deplorando estas pérdidas dolorosas, cuando considero el sublime porvenir que se abrirá para nuestros hijos, aunque no nos sea dado recoger el fruto de lo que hemos sembrado, saludaré siempre con entusiasmo la revolucion del 18 de Marzo, que ha abierto á Francia y á Europa, perspectivas que ninguno de nosotros se atrevia á esperar hace tres meses. A vuestras filas, pues, ciudadanos, y firmes ante el enemigo.

»Nuestras murallas son fuertes, como vuestros brazos, como vuestros corazones. No ignorais que combatís por vuestra libertad y por la igualdad social, que tanto tiempo há perseguís; y que si vuestros pechos están espuertos á las balas y á las bombas de Versalles, el precio que tenéis seguro, es la libertad de Francia y del mundo, la seguridad de

vuestro hogar, y la vida de vuestras mujeres y de vuestros hijos.»

«Vencereis, pues. El mundo, que os contempla y aplaude vuestros magnánimos esfuerzos, se apresta á celebrar vuestro triunfo, que será la salud de todos los pueblos. ¡Viva la República universal! ¡Viva la Comunidad revolucionaria!»

«París 10 de Mayo de 1871.—*El delegado civil de la Guerra, DELESCLUZE.*»

Es sublime el candor y la fé de un hombre que pesa los inconvenientes, que toca las dificultades, que aprecia los peligros; y que en el fondo de su alma sólo desprecia á los colaboradores de un dia, á los cooparticipes de su responsabilidad, á los comuneros, por girondinos, por comunistas, por gentes que buscaban la mayor parte en el oleaje revuelto buena pesca, mientras él buscaba la vida de las instituciones republicanas, y á lo sumo, el lustre de su nombre.

El desenfreno llegó á ser general y general la anarquía, la organización de la Milicia era todo el problema. Los cuerpos de guardia se trocaban fácilmente en escandalosas orgías á cada noche. Los milicianos salian vacilando por las calles, y se derrumbaban sobre las aceras al vapor de sus borracheras. Distinguíanse por los uniformes más abigarrados en los cuales llevaban las más pintarrachadas insignias. Iban y venian por las calles sin causa; y se entraban por los ministerios y por las oficinas sin motivo. París semejaba á un cuartel en rebelión más bien que á una ciudad ordenada. Así promulgáronse muchas disposiciones para corregir estos abusos, para castigar á los oficiales que iban de continuo á los ministerios como á los soldados que iban de continuo á las tabernas.

Todo indicaba terrible agravación de la guerra; al siniestro Rogere se le habia encargado que reuniera y almacenara todo el petróleo disponible en París; y á otros delegados que congregaran el mayor número de trabajadores para obras de defensa y erección de innumera-

merables barricadas. Al mismo tiempo se exigían papeletas que identificaran las personas y que dijeran si los ciudadanos pertenecian ó no á la Milicia Nacional. Todos estos síntomas y todas estas arbitrariedades des-poblaban materialmente á París. Veíanse por las calles del real sitio donde residia la Asamblea; por los caminos del pueblo y panteon donde acampaban los prusianos, llegar verdaderas nubes de fugitivos que divertian á los vencedores de Francia como los titiriteros ambulantes, ó como las cancioncillas desvergonzadas en los teatros de ferias. Todo aquello era la señal evidente de la descomposición inmediata de aquella furiosa insurrección.

Uno de los actos de la Comunidad revolucionaria que conmoviera más hondamente á la opinión pública, fué el derribo de la columna Vendome, símbolo ilustre de las glorias del Imperio. En los hechos políticos no hay que mirar solamente á su justicia intrínseca, sino tambien á su oportunidad. El don político por excelencia consiste en estudiar y averiguar qué sazón de tiempo y de circunstancias favorece la siembra fecunda de un principio, la implantación segura de una reforma. Así como seria el peor de los labradores el que se empeñase en plantar por otoño lo que debe plantarse por primavera, es el peor de los políticos el que, sin atender ni á la corriente de los tiempos, ni á las condiciones de la vida, ni al estado de la opinión, se empeña locamente en que ha de hacer brotar una institución, ó ha de imponer una medida aun sabiendo seguro el retroceso, y la derrota y la desgracia seguras.

Los tiempos del trabajo deben sustituir á los tiempos de la guerra. Si el hombre necesita del combate para aguzar sus facultades y para fortalecer su vida, hartos enemigos tiene que combatir con sólo imponer su libertad á despecho del fatalismo reinante en la naturaleza. Luche en buen hora con los hielos del Polo y con los ardores del desierto; con las tormentas del mar y con las tempestades

del aire; y en vez de segar pueblos, siegue espigas, y en vez de abrir en pedazos los corazones, abra las entrañas del planeta para que bajo las ondas del mar, en los senos de abismos pavorosos, pase la locomotora á unir estrechamente Francia é Inglaterra, dos naciones separadas por la naturaleza. La sustitución del trabajo á la guerra, es creencia dogmática en el símbolo de nuestra fé y en el horizonte de nuestra esperanza. Y cuando esto suceda, los pueblos preferirán desde la gloria de sus filósofos hasta la gloria de sus artesanos, á la sangrienta gloria de sus guerreros y de sus conquistadores.

Entonces el inventor de un lente valdrá más que el inventor de un cañón; el pararrayos de Franklin más que la espada de Bonaparte; el telar que urde la tela más que el genio homicida de un Dios de la guerra. Y poco á poco los pueblos irán olvidando aquellos monumentos donde están escritas sus mútuas batallas y sus mútuos odios, para acordarse de todo cuanto los une y los confunde. Casi siempre la guerra es el predominio de un pueblo sobre otro pueblo; pero la obra de arte que despierta el ideal, la obra de industria que mejora el bienestar, sirve igualmente á todos los pueblos, como les ha servido desde la invención de la Venus de Milo en las ruinas de Grecia, hasta la invención de la máquina de vapor en las costas de América.

Entonces el pueblo que aventaje á los demás pueblos en adelantarse á derribar un monumento, testigo de su propia soberbia y de la humillación de los demás, será un pueblo verdaderamente glorioso; y con más razón si este monumento es la columna de Vendome, amasada con sangre, construida con huesos, recuerdo del incendio y de la matanza, trofeo de la ruma universal, cadena de cien pueblos, yugo de mil generaciones, recuerdo de batallas horribles en que han caído innumerables criaturas y ha vuelto la sociedad á los tiempos de la barbarie y de la

conquista. Mas derribar la columna que recuerda glorias pasadas y sirve de consuelo á tristezas presentes, despues de la guerra franco-prusiana, en el momento de la irrupción, cuando todavía estaba el suelo profanado por los extranjeros, y reciente la separación de provincias amadas que mermaban la grandeza nacional, francamente, era un acto de demencia, de horrible demencia, propio sólo para herir el más profundo y el más arraigado de todos los amores, el amor á la patria.

El primero en sostener semejante locura fué Courbet, pintor realista, que no contento con fundar una estética, deseaba fundar también una sociedad. Para que los artistas puedan mandar sobre un pueblo, necesitan tener equilibradas de manera excepcional todas sus facultades y llegar á una verdadera armonía. A la altura de la imaginación ha de estar el talento; y la fría previsión y el cálculo matemático se han de compadecer con la luz y con el fuego de las sublimes inspiraciones. Pero un artista que no reúne á las extravagancias propias de la grandeza del genio, el contrapeso de fría inteligencia y de seguro raciocinio, se precipita por la pendiente de errores, que si en la vida individual en su corto radio parecen gracias, en la vida universal de la sociedad se vuelven verdaderas calamidades. ¿Queréis ver un artista, un músico en el trono? Pues acordaos de Nerón.

Courbet era á un tiempo mismo artista y sectario. Su estética estaba resumida en algunas consideraciones de Proudhon; y su filosofía como su moral compendiadas en rutinario naturalismo. Así como los trágicos antiguos creían propios solamente del coturno los dolores de dioses, reyes y príncipes, los realistas modernos creían sólo dignas del pincel las clases inferiores de la sociedad. Yo he conocido la obra de Courbet, porque llevado el pintor de esta idea, de que sólo van los pavos en manada, repugnaba ir á las exposiciones oficiales, y exponía por sí sólo sus

cuadros en salones aparte. Es para muchos axiomático que tiene el pincel de Velazquez. No lo disputó, aunque pudiera negarlo, pues no nacen los Velazquez en el mundo con tanta facilidad. Los cuadros de Velazquez me extasían; este gran naturalista reproduce la naturaleza tal como es en sí. Yo he visto en sus cuadros el cielo de Madrid, los picos del Guadarrama, las alamedas de Aranjuez, las orillas del Ebro; he saludado á Felipe IV en su brioso alazan, y he sorprendido la escéptica sonrisa del Conde Duque de Olivares en sus finos labios; he oído gruñir mil veces aquellos perros y reirse aquellos bufones inmortales; he sentido el genio reconcentrado en la profunda mirada de D. Luis de Góngora, y el genio expansivo en el plácido rostro del gran Alonso Cano; y he adorado ese artista creador, porque la vida renace en sus obras, gloria de nuestra raza y de nuestro genio. Pero si Velazquez reproduce la naturaleza tal como es, Courbet pinta la naturaleza mucho peor y mucho más fea de lo que es en sí. Y para mí el arte es ideal, metamorfosis, transfiguración, algo mejor y más hermoso que nuestra impura realidad.

En mil ochocientos cuarenta y ocho comienza Courbet su carrera, afirmando como verdaderos principios artísticos los principios de la escuela realista, copiante fiel de la naturaleza. Esta escuela se opone con formidable oposición al principio hegeliano del arte por el arte. En su concepto las obras artísticas no deben desatender el fin de la utilidad general y antes bien consagrarse á la transformación de las sociedades humanas en sentido democrático. El desinteresado culto á la belleza de los antiguos poetas que producían como produce naturaleza espontáneamente, se trocó en una especie de culto interesado, utilitario, propio para hacer de la estética la base de una secta. Pero todo esto privaba en los días del Imperio, días de fiebre en que á la opresión del cesarismo sólo oponíamos la protesta de las utopías. Proudhon amaba á

Courbet y encarecía sus obras mientras Champfleurie, un escritor de talento también, le llamaba jefe y fundador de escuela. Era de ver este hombre en todo el vigor de su inteligencia, en toda la robustez de su salud, en toda la fuerza de su edad, circuido de sus discípulos y de sus admiradores, que le contemplaban estáticos cuando despues de sus trabajos en el taller, delante de taza de café y de su copa de licor, debotonado el cuello de la camisa, remangados los brazos, lucía aquel fuerte y vigoroso rostro erigido sobre un cuello de la resistencia de una columna y rematado por espaciosa frente, bajo cuyas cejas campeaban luminosísimos ojos de pintor que Homero hubiera llamado ojos de buéy en reposo.

El Imperio quiso condecorarlo y rehusó terminante la condecoración. Sus amistades y relaciones proudhonianas; sus teorías estéticas y políticas; sus cuadros sociales; sus compromisos revolucionarios le llamaron á la dirección de los Museos en los días de Setiembre. Despues del diez y ocho de Marzo subió á la Comunidad, y en la Comunidad se opuso á todas las medidas extremas. Su inteligencia eminentemente utópica estaba por una federación de todos los oficios dentro de la federación de todos los ayuntamientos y presidió esta especie de hermandad de pintores inaugurándola con las más risueñas ideas y los más humanitarios propósitos. Hubiera pasado por un claro artista, y un oscuro político á no caer en la manía del derribo de la Columna, entre los horrores de la guerra, cuando los prusianos caían sobre Francia herida y agonizando, Courbet invitaba á estos á fundir sus cánones con los cañones franceses para forjar un monumento terminado por simbólico gorro frigio sobre el pedestal de la Columna Vendome, derribada al pié de la fraternidad de los pueblos como los ídolos antiguos al pié de los sacerdotes de Cristo. ¿No os parece todo esto verdadera fantasmagoría de un delirio, y de un delirio de fiebre aguda y mortal?

César, que en alas de tu genio subiste desde tu nido de Córcega á las Pirámides de Egipto y desde las Pirámides de Egipto volaste á las torres de Nuestra Señora, con el rayo en las garras y el genio centelleando en los sanguinolentos ojos; dime, si puedes hablar, qué sentiste, qué sintieron tus huesos allá en el hueco de tu sepulcro de los inválidos, bajo las moles de pórfido, cuando el mástil último de la destrozada nave del Imperio, la columna de Vendome, en torno de la cual venian las almas de tantos héroes acostados sobre los campos de matanza bajo el peso del sueño eterno, á revolotear y calentarse en el fuego fátuo de tu gloria; dime, repito, qué sentiste, qué sintieron tus huesos, cuando el postrer monumento de tu nombre rodó en pedazos por el suelo que tú agrandaste y que tú quisiste dilatar hasta los últimos extremos de la tierra.

Eran las tres de la tarde. Más de veinte mil almas se apiñaban por las calles que

avercinan á la plaza de Vendome, cuyo recinto estaba reservado á los favoritos de la Comunidad. Varias músicas tocaban los himnos inspirados por el patriotismo para celebrar aquel acto anti-patriótico. Tres horas se tardaron, tres horas mortales en los preparativos. La base estaba serrada, la cima ceñida de maromas, el suelo cubierto de grandes haces de paja sobre la cual se extendía una espesa capa de estiércol. Por fin, como siempre es más fácil derribar que construir, matar que criar, la columna se inclinó como un gran árbol tronchado por el huracan, y cayó en tierra, levantando inmensa nube de polvo. La efigie de Napoleon se rompió un brazo, al caer sobre aquel lecho de excrementos. El general Bergeret pronunció un discurso guerrero sobre el pedestal de la columna donde se levantaba antes el general Bonaparte. ¿Qué me decís de este epigrama, de esta candidatura viviente? Cuán instructiva ¡oh Providencia! es la Historia.

## CAPITULO CVII.

### SUPREMOS INSTANTES.

La Comunidad, á fines de Mayo, se mostraba en la mayor descomposicion. Los individuos que componian esencialmente el poder legislativo, se desbandaban. Sus sesiones tenian el aspecto de un pugilato en que los asuntos personales predominaban sobre los asuntos políticos. Los miembros del Poder Ejecutivo ó Junta de Salvacion pública, carecian de toda uniformidad en sus principios y de toda regularidad en su proceder y en su conducta. Los encargados de las cuestiones judiciales apenas podian reunirse. El Ministro de Hacienda se quejaba á todas horas de que los gastos crecian y aminoraban los ingresos. A mayor abundamiento, en el periódico oficial apareció un anuncio de que no se pagarian las rentas y de que se destruirian las inscripciones en el gran libro de los títulos de la deuda. Luego no habia persona que tuviera allí suficiente autoridad. En prender y soltar á los generales de su mayor confianza pasaban tristemente el tiempo. Bergeret habia sido uno de los más amados; y Bergeret cayó destituido, volviendo de nuevo á

levantarse, para hacer lo mismo que hiciera antes, miles de torpezas. Cluseret fué un dia la esperanza de la Comunidad. Creíanle á una la personificacion más genuina del genio militar de las modernas democracias. Pero tuvo un contratiempo y lo encarcelaron. Después las últimas sesiones de la Comunidad se consumieron tristemente en discutir sobre el proceder de este general y en averiguar si debian ponerlo en libertad ó atormentarlo en larga ó indefinida prision. A cada momento se descubria alguna señal de la inexperiencia de aquellas gentes. Un esbirro de la policía secreta de Napoleon, se deslizó en sus filas; y un aficionado á banca-rotas fraudulentas se invistió con sus magistraturas. Las divisiones se ahondaban diariamente. «Os vais, decia Grousset á varios disidentes, como los girondinos, á vuestros departamentos. ¿A qué departamentos, contestaban ellos, si no podemos salir de París? A vuestros distritos municipales, que da lo mismo, decia el peinado y perfumado jóven.

Ya en aquella anarquía no les quedaba otro